

La diplomacia de las letras. Presencia de escritores mexicanos en América Latina durante la década del veinte

Pablo Yankelevich*

*Y de pronto la Patria se nos
había vuelto grande, y abarcaba
el continente.*

José Vasconcelos¹

En el imaginario latinoamericano de la segunda y tercera década de nuestro siglo, el fenómeno revolucionario mexicano emerge con rasgos distintivos. Si en un principio el estallido social y la subsecuente guerra, fueron decodificados como una más entre las muchas revueltas que sacudieron la geografía política continental, con el correr de los años, cuando la Revolución se hizo gobierno, en determinados segmentos de la intelectualidad latinoamericana, las imágenes de un país bárbaro y anarquizado cedieron paso a visiones que convertían a México en tierra de ideales refundadores, ejemplo paradigmático para el resto del continente.

Seguir las huellas de esta mutación obliga a dirigir la mirada hacia el papel desempeñado por la intelectualidad, en especial por algunos hombres de letras en el ejercicio de funciones al servicio del Estado mexicano. En concreto, observar aquellos años fundacionales cuando se inauguran dos proyectos que vendrán a señalar el final del divorcio entre las armas y las letras. Por un lado, desde la Secretaría de Educación Pública (SEP), José Vasconcelos y la puesta en marcha un verdadero pacto de los intelectuales

¹ *Memorias II. El Desastre*, México, FCE, 1982, p. 117.

con la Revolución al servicio de una reforma cultural que no conoce antecedentes en el continente. Por otro, desde la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), Genaro Estrada al encargarse —hasta el límite de lo posible— de cobijar en el servicio exterior a una serie de literatos, con una intencionalidad que oscila entre la privada solidaridad intelectual y la pública utilidad en beneficio de la imagen de México en el exterior.

Desde entonces, sin solución de continuidad, la relación de la *intelligenza* con el poder político ha desarrollado una riquísima variedad de matices, al punto de convertir a México en un caso excepcional en América Latina. El mecenazgo cultural convertido en razón de Estado permitió al México revolucionario proyectar una visión diametralmente distinta a las catastróficas noticias que, por doquier, el cable y el cine de origen estadounidense esparcieron a lo largo y ancho del espacio latinoamericano.

Son abundantes los estudios dedicados a aquella relación en los años liminares del Ogro Filantrópico,² y en buena medida la sentencia de Octavio Paz, en clave pesimista, parece instalarse con comodidad en la conciencia de los especialistas en el tema:

*Entre 1920 y 1940 los intelectuales de México creyeron que su misión era la de ser consejeros de los príncipes revolucionarios. La realidad los desengañó cruelmente: aquellos príncipes, como casi todos los de la historia, o estaban sordos o no querían oír.*³

Frente al tema que nos ocupa, creemos que príncipes e intelectuales adolecían de una parcial sordera. En la práctica, existió un intercambio en el que ambas partes cosecharon beneficios. Desde el pragmático mirador gubernamental resultaba conveniente, que no imprescindible, ensanchar el arco de alianzas, sumar hombres, y sobre todo nombres, a una causa en busca de legitimidad. A su vez, en tiempos en que los escritores mexicanos

² Véase entre otros: V. Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura revolucionaria*, FCE, México, 1989; E. Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1985; Daniel Cosío Villegas, *Una biografía intelectual*, FCE, México, 1991; R. Camp, Ch. Hale y J. Z. Vázquez, *Los intelectuales y el poder político en México*, Colmex-University of California, México, 1991; G. García Cantú y C. Careaga, *Los intelectuales y el poder*, Joaquín Mortiz, México, 1993; C. Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, UNAM, México, 1991; P. Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, Colmex, México, 1991; A. Boggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, México, 1989; R. Bartra, *Oficio mexicano*, Crijalbo, México, 1993; C. Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, FCE, México, 1985.

³ O. Paz, «Las ilusiones y las convicciones», en *México en la obra de Octavio Paz. El peregrino en su patria*, FCE, México, 1987, tomo I, p. 343.

no gozaban de años sabáticos, ni de presupuestos para congresos, viajes de estudio, ni de un Sistema Nacional de Creadores, la necesidad de sobrevivir los orilló a trabajar en oficinas gubernamentales, fundamentalmente en la SEP o en la SRE.

Los límites del intercambio eran precisos; ni servilismo abyecto a cambio de una compensación monetaria, que lo hubo en personajes ajenos al campo literario, verdaderos propagandistas a sueldo; pero tampoco una manifiesta voluntad de poder, voluntad en el sentido de pretender alterar el rumbo de una marcha que, en el mejor de los casos, acompañaban, pero que jamás condujeron. El caso extremo y más trágico es quizás el de José Vasconcelos y su campaña de 1929. Sin duda alguna, en aquellos años, Alfonso Reyes fue quien mejor comprendió los términos de la relación. Cada vez que dispuso de la oportunidad negó tener ya no ambiciones, ni siquiera interés por la política, para definirse a sí mismo como «un soldado de la cultura».⁴

Y bien, proponemos en este trabajo un breve recorrido por las actividades de un pequeño contingente de soldados culturales que, esparcidos por el espacio latinoamericano, consiguieron, en un corto plazo, despertar afectos por el lejano México, aquel que en palabras de Vasconcelos «repugna a ratos por sanguinario, pero se hace perdonar por los poetas».⁵

En la temprana fecha de 1916, cuando todavía las fuerzas constitucionales no tenían garantizado su triunfo, entre otras razones por el serio y amenazador cuestionamiento norteamericano, Venustiano Carranza, con sagacidad y astucia, decide lanzar una ofensiva diplomática en Sudamérica. El objetivo era sencillo, a manera de cuña, penetrar en una opinión pública hasta entonces presa entre las líneas cablegráficas estadounidenses, empeñadas en desacreditar la revolución en México. El enviado a aquella misión fue Isidro Fabela, quien, a lo largo de un año, puso en marcha un amplio dispositivo propagandístico en las capitales de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay.⁶

Entre los mecanismos de aquel dispositivo, y a escasas semanas de haber desembarcado en Buenos Aires, Fabela telegrafió a Carranza para proponer la visita de un poeta:

⁴ S. Zaitzeff (compilador), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. 1916-1927*, El Colegio Nacional, México, 1993, tomo 1, p. 365.

⁵ J. Vasconcelos, *La Raza Cósmica*, Espasa Calpe, México, 1948, p. 149.

⁶ Véase: P. Yankelevich, «La revolución propagandizada. Imágenes de México en América Latina, 1916-1924», Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de ADHILAC, México, 1994, Mecanoescrito.

El gran escritor me manifestó su deseo de trabajar por la unión latinoamericana, creo que sería un importantísimo propagandista por su cultura histórica, literaria, social y experiencia periodística, [...] su presencia sería de gran utilidad y gran valor intelectual en Buenos Aires y en Chile.⁷

El escritor de referencia era Luis G. Urbina, quien desde Madrid en marzo de 1917, una vez situados los fondos, se embarcó rumbo a Buenos Aires. Gacetillas de prensa, previamente distribuidas por la Legación, fueron reproducidas por los principales diarios bonaerenses,⁸ al tiempo que estrechos nexos con el movimiento estudiantil permitieron a Fabela que la Federación Universitaria de Buenos Aires asumiera la responsabilidad de preparar los homenajes cuando su llegada.⁹ Con el título de «huésped distinguido de la ciudad», el autor de *Lámparas de agonía* recorrió despachos oficiales, se entrevistó con el presidente argentino,¹⁰ pero fundamentalmente impartió un curso de literatura mexicana en la Universidad de Buenos Aires. Después de una inauguración, que la prensa no tardó en calificar como «un concurridísimo y brillante éxito»,¹¹ la intelectualidad argentina, bajo el liderazgo de José Ingenieros le tributó los consabidos homenajes.

Antes de regresar a España, viajó al remoto Paraguay, y el «éxito» de la visita a Argentina, seguramente motivó a Fabela a realizar gestiones ante Carranza recomendándolo para un cargo diplomático en Madrid, «donde con seguridad continuará su labor de propaganda y prensa».¹²

La presencia de Urbina en Buenos Aires presagió los tiempos por venir. Su breve estadía fue suficiente para que la crítica periodística lo ubicara compartiendo «con Amado Nervo el cetro poético del parnaso mexicano».¹³ Y en efecto, en agosto de 1918, el ya presidente Carranza rescató a Amado Nervo de penurias económicas, para nombrarlo ministro plenipotenciario de México en Argentina y Uruguay.¹⁴ Poco importaba su pasado diplomático al servicio del régimen porfirista. Nervo llegaría al mismo destino

⁷ Archivo Histórico-Diplomático. Secretaría de Relaciones Exteriores de México (AHD). Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina. 1917-1919 (AEMARG), Legajo 6, Expediente 3, Folio 4.

⁸ Véase: *La Razón*, Buenos Aires, 18/4/17 y *La Nación*, Buenos Aires, 24/4/17.

⁹ AHD, Expediente 15-3-4, Folio, 10.

¹⁰ AHD-AREMARG. 1917-1919, Legajo 9, s/f.

¹¹ AHD, Expediente 15-3-4, folios 13 y 14.

¹² *Ibidem*, folio 16. A su regreso a Madrid, Urbina recibió el nombramiento de primer secretario de la Legación Mexicana, cargo que ejerció hasta julio de 1920.

¹³ *La Nación*, Buenos Aires, 28/5/17.

¹⁴ AHD-AREMARG. 1918-1920, Legajo 13, Expediente 2, Folio 3.

que Federico Gamboa dos décadas antes,¹⁵ pero a diferencia de éste, cuya adhesión al huertismo como Secretario de Relaciones Exteriores, canceló para siempre cualquier participación en los gobiernos revolucionarios, Nervo asumió con leal firmeza su adhesión al nuevo régimen. Toda la prensa, sin distinción, festejó un nombramiento que venía a trastocar radicalmente la imagen que hasta entonces se tenía de México y su revolución.

El periódico *La Nación*, aquel que acogió en sus páginas a Rubén Darío durante su estancia rioplatense, inició una ininterrumpida secuencia de actos, que se prolongaron desde su llegada y que alcanzaron el nivel de apoteosis cuando la repentina muerte del poeta en Montevideo, a escasos meses de haber asumido la representación diplomática.

Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, entre otras figuras de las letras argentinas, encabezaron una secuencia de homenajes al poeta mexicano. Este, en abril de 1919, informó a su cancillería: «imposible transmitir telegráficamente emoción, entusiasmo y discursos con que se encomia mi personalidad».¹⁶ Nervo no olvidaba a su benefactor. Por ello, en cada banquete ofrecido, indicaba que su designación «debíase al señor Carranza, para quien siempre pedí un brindis que se aceptó con aplausos».¹⁷

Los merecidos homenajes lo fueron también para la nación y sobre todo para los gobernantes a quienes representaba. En uno de aquellos actos, el diputado argentino C. Bunge pronunció un discurso que manifiesta con elocuencia el éxito de la intenciones carrancistas:

*La modestia con que Nervo considera su obra, su filosofía espiritualista, tranquila y consoladora, lo transforma en el precursor de una nueva vida que la Revolución de México ha hecho nacer en América [...]. El Sr. Carranza rectifica a Platón, no desterrando a los poetas, sino enviándolos a representar a su República en las naciones hermanas. Viva la Revolución Mexicana.*¹⁸

Entre las exageraciones verborágicas, resultan frecuentes las referencias a la Grecia clásica. A principios de 1921, el gobierno de Obregón, nombró al poeta Juan B. Delgado ministro de México en las repúblicas

¹⁵ En 1890, F. Gamboa se desempeñó como Secretario de la Legación Mexicana en Buenos Aires, en donde publicó *Apariencias y recuerdos*, J. Peuser Ed., Buenos Aires, 1892.

¹⁶ AHDM-AREMARG. 1919-1929, Legajo 12, Expediente 2, Folio 37.

¹⁷ *Ibidem*, Folio 25.

¹⁸ *Ibidem*.

centroamericanas.¹⁹ Comentando esta designación, el periodista salvadoreño Octavio Rivas Ortiz escribió en las columnas de *La Prensa*:

*Los gobiernos de México han tenido la preocupación, digna de Pericles, de confiar sus representaciones en el extranjero a gente de letras... Tal disciplina oficial ha florecido en consecuencias generosas: el gobierno enaltece el carácter de su misión al vincularla con el prestigio de un intelectual [...].*²⁰

Por su parte, Nervo, desde su insoslayable estatura literaria, dio muestras contundentes de servicios a su patria. La misma vehemencia puso en cada uno de los actos públicos en que fue homenajeado, que en defensa de la posición carrancista frente a la Liga de las Naciones, como rectificando noticias «erróneas sobre la muerte de Zapata»,²¹ porque en definitiva, como escribió días antes de su muerte: «Me propongo durante mi estancia en esta gran nación, crear como lo voy haciendo, lenta pero seguramente, un ambiente de franca aproximación a México».²²

A la sorpresiva muerte del poeta, los inusuales actos en el protocolo diplomático, como fueron la escolta de sus restos hasta el puerto de Veracruz por barcos de la armada argentina y uruguaya, fueron interpretadas por la diplomacia mexicana como muestras contundentes de una solidaridad despertada por la presencia del poeta. El canciller argentino, Honorio Pueyrredón, al despedir aquella escolta indicó: «La gran amistad por México no se manifiesta solamente en el envío de la nave, sino, que llegado el caso, Argentina no vacilará en hacer oír su voz de acuerdo a sus sentimientos».²³

Comentando este señalamiento, Leopoldo Blazquez, encargado de la Legación en Buenos Aires, escribió a su cancillería: «interpreto estas palabras en el sentido de que si mañana nos amenazara algún peligro, esta república nos vacilaría en ayudarnos».²⁴

El ascenso de Obregón a la presidencia inyecta nuevas fuerzas a la diplomacia de las letras. Las razones son de peso, la revuelta de Aguaprieta ensombreció una imagen internacional que el carrancismo tan celosamente intentó reconstruir. Pero, además en la búsqueda del reconocimiento esta-

¹⁹ AHDM, Expediente 5-20-520, Folio s/n.

²⁰ *La Prensa*, San Salvador, 22/4/1921.

²¹ *ARLEMARG.* 1919-1920, Legajo 12, Expediente 7, Folio 13.

²² *Ibidem*, Legajo 12, Expediente 4, Folio 36.

²³ *Ibidem*, Legajo 13, Expediente 2, Folio 14.

²⁴ *Ibidem*.

dounidense se tornaba indispensable ganar apoyaturas y simpatías en el entorno latinoamericano.

Entre 1920 y 1924, por cortos periodos y ocupando distintos cargos en el escalafón diplomático, Julio Jiménez Rueda residió en Montevideo y Buenos Aires, en Bogotá estuvo Juan José Tablada, Antonio Castro Leal se desempeñó en Chile, y Antonio Mendiz Bolio realizó un periplo que lo llevó a Bogotá, Buenos Aires, Nicaragua y Costa Rica.

Como hombres de letras se abocaron al trabajo de publicitar las tareas de refundación cultural y educativa producto de la gesta armada. Con ello, preparaban el camino o acompañaron, en su caso, la llegada como ministros o enviados especiales de personajes con suficiente renombre en la ya nueva arquitectura de los espacios culturales mexicanos, entre otros, José Vasconcelos, Antonio Caso, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes.

Quizás no sea exagerado hablar de verdaderas misiones culturales en la arena internacional. En 1921, Antonio Caso visitó Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro. Un año más tarde, José Vasconcelos realizó un recorrido similar, aunque sin incluir Lima.²⁵

La filosofía bergsoniana en la oratoria de Caso, así como sus permanentes apelaciones a la unidad de la cultura hispanoamericana, la homogeneidad de su historia fundada en antecedentes étnicos y sociales comunes, despertó un caudal de simpatías entre los centenares de estudiantes universitarios que tuvo como público. En Lima, los estudiantes y algunos maestros, conducidos por Víctor Raul Haya de la Torre, se reunieron con Antonio Caso después de una de sus conferencias, y aprovecharon la ocasión para manifestarse por la reapertura de la universidad clausurada por el presidente Augusto Leguía.²⁶

En Santiago de Chile, el terreno ya estaba sabiamente abonado por la presencia de Enrique González Martínez quien, con rango de ministro, desde su arribo en 1920 puso el mismo esfuerzo tanto en la redacción de boletines de prensa propagandizando el obregonismo, como en la distribución de la revista *México Moderno*. Semanas después de su llegada a Santiago, Genaro Estrada en su despacho de la Oficialía Mayor de la SRE, recibió una carta: «Estamos muy contentos con el poeta que nos ha mandado su gobierno

²⁵ A. Caso fue acreditado en 1921 como Embajador Extraordinario de México en Misión Especial ante el gobierno peruano, con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia. Una acreditación similar recibió Vasconcelos. Los motivos fueron llevar la representación mexicana a la celebración del Centenario de la Independencia del Brasil, y a la ceremonia de transmisión del mando presidencial en Argentina.

²⁶ *La Crónica*, Lima, 9/8/1921.

y que matará la leyenda única que circula en América Austral sobre México: Pancho Villa y la revolución permanente».²⁷

El papel membretado indicaba un lugar remoto en la geografía chilena: Temuco, Liceo de Niñas; para Estrada la firma era totalmente desconocida: Gabriela Mistral.

Cautivada por México, la poetisa chilena no tardó en vincularse con su intelectualidad. Poco después, la experiencia de trabajar en la SEP bajo la jefatura de Vasconcelos, terminó por convertirla en una fervorosa defensora de México y su revolución.

En la capital de Chile, Antonio Caso «llegó, habló y triunfó», según lo recuerda Enrique González Martínez.²⁸ Una conferencia sobre el lema de la Universidad de México, «Por mi raza hablará el espíritu», sirvió para evidenciar la voluntad mexicana por sentar las bases de un acercamiento real y duradero entre los pueblos hispanoamericanos. Gabriela Mistral, a manera de cronista de las actividades del ilustre visitante, indicó:

*Antonio Caso estuvo entre nosotros, y en sus conferencias reveló el México prodigioso que el cable no revela, que hasta suele ocultar entre torpezas de exageraciones revolucionarias: el admirable México de la cultura. Vino a afianzar la conquista espiritual que ha realizado en Chile, Enrique González Martínez.*²⁹

La labor editorial de la Universidad Nacional bajo el rectorado de Vasconcelos, continuada en la SEP desde 1922, pronto se convirtió en uno de los mejores medios publicitarios con que contó México en el extranjero. El servicio exterior mexicano distribuyó por centenas aquellas ediciones, engrosando los acervos tanto de instituciones educativas de América Latina como de bibliotecas de destacados intelectuales.³⁰ En sus *Memorias*, Vasconcelos

²⁷ AHDM. Archivo Genaro Estrada (AGE). Libro 2, Folio 25.

²⁸ E. González Martínez, *Misterio de una vacación. La apacible locura*, Ed. Offset, México, 1985, p. 92.

²⁹ *El País*, Santiago de Chile. 15/10/1921

³⁰ Un caso significativo fue el establecimiento, en 1923, de un convenio entre Enrique González Martínez, entonces ministro mexicano en Argentina, y el presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de la Buenos Aires, para la distribución de las publicaciones de la SEP en la red de bibliotecas bonaerenses. Con motivo de este convenio, la SEP envió a González Martínez 200 ejemplares del folleto *La Educación Pública en México*, 20 ejemplares de una conferencia, algunos aspectos de la lírica mexicana, 20 ejemplares de los números 1 al 7 del *Boletín de Educación*, 35 ejemplares del folleto *Movimiento Educativo de México* y 2 colecciones de ocho volúmenes de las obras de autores clásicos publicados por la Universidad de México. A esta remesa, la cancellería mexicana agregó 100 ejemplares de los folletos *La Situación de México y México, sus recursos naturales*,

recuerda y enumera las razones de la atracción que México comenzó a ejercer en el entorno continental, y entre aquellas, anota la distribución del *Boletín de la Universidad*, de la revista *El Maestro*, y «la edición de los clásicos, que circuló profusamente, ya regalada, ya vendida a bajo precio, por todos los pueblos de habla castellana».³¹

Sobre esta plataforma, al promediar 1922, Vasconcelos se lanza a un verdadero periplo sudamericano en compañía de un círculo íntimo integrado por Carlos Pellicer, Julio Torri, Roberto Montenegro y Pedro Henríquez Ureña; junto a ellos, una masiva comitiva de más de doscientas personas entre cadetes del ejército y la marina, aviadores, banda militar y orquesta típica.³²

La presencia de la multitudinaria embajada apuntaló de manera significativa la imagen de un nuevo México. Sin eufemismos, el mismo Vasconcelos declaró que el principal objetivo de la misión consistía «en patentizar el estado social y político de México por medio de entrevistas, artículos y conferencias».³³ De tomar en cuenta el volumen de las notas dedicadas a México en la prensa sudamericana, se podría afirmar que el éxito más completo coronó aquel esfuerzo.³⁴

El gobierno de Obregón —no por mera casualidad— depositó en la persona del Secretario de Educación, la más costosa y deslumbrante misión diplomática internacional realizada hasta entonces en la historia de México. Se trataba de «una inteligencia poderosa, un filósofo amable y un estadista glorioso», calificativos con que fue encabezado un largo artículo en la prensa brasileña.³⁵ Se trataba en fin de un personaje que:

*[...] funda escuelas en todo el territorio mexicano, establece bibliotecas en todas partes y prepara con ardiente fe de misionero las generaciones futuras; como americano abre los brazos a todos los hermanos de nuestra América en un gesto de verdadera fraternidad, y cree sinceramente en los grandes destinos del continente.*³⁶

junto a 200 ejemplares del folleto *Porque los EEUU no reconocen al Gobierno de México*. AHDM. AREMARG 1921-1923, Legajo 21, Expediente 1, Folio 69.

³¹ J. Vasconcelos, *op. cit.*, p. 118.

³² Sobre la dimensión y actividades de la comitiva véase: AHDM, Expediente 18-5-172 (I).

³³ *Jornal do Comercio*, Río de Janeiro, 19/8/1922.

³⁴ Una buena parte de los recortes de prensa generados por la visita de aquella Embajada Especial fueron publicados en el *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, SEP, México, Enero de 1923. Una recopilación más completa se haya en el AHSM, Expediente 18-5-72 (I-II)

³⁵ *A Noite*, Río de Janeiro, 20/8/1922.

³⁶ *Jornal do Comercio*, Río de Janeiro, 20/8/1921.

Nadie mejor que Vasconcelos para derrumbar «tantas versiones falsas que se han hecho correr por el mundo a propósitos de México y su pueblo». ³⁷ En suma, gracias al periplo vasconceliano, con sus decenas de conferencias dedicadas al proyecto educativo que capitaneó, a las orientaciones del pensamiento revolucionario, y a su firme creencia de estar en los albores de una *Raza Cósmica*, la Revolución en México alcanza estatura continental.

En aquella gira los contactos intelectuales adquirieron nueva dimensión. En Buenos Aires, los delegados mexicanos contaron con la calurosa anfitronía de un núcleo de universitarios que había representado a su país en el Congreso Internacional de Estudiantes de México en 1921: Héctor Ripa Alberdi, Pablo Vrillaud y Arnaldo Orfila Reynal; a ellos se sumó Enrique González Martínez, entonces ministro de México en Argentina.

La prensa, escritores, poetas, miembros gubernamentales, federaciones estudiantiles, asociaciones culturales, socialistas y anarquistas no escondieron sus simpatías por un país convertido, en palabras de José Ingenieros, en «un vasto laboratorio social, [de donde] los países de América Latina, podremos aprovechar muchas de sus enseñanzas para nuestro propio desenvolvimiento futuro». ³⁸

Pedro Henríquez Ureña, en la Universidad de La Plata, se refirió a la realidad mexicana como la materialización de una nueva utopía, *La utopía de América*:

México está creando su propia vida, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización. [Y] esta empresa de civilización no es absurda, como pareciera a los ojos de aquellos que no conocen a México sino a través de la interesada difamación del cinematógrafo y del telégrafo. ³⁹

Aquella misma Universidad acogió a Henríquez Ureña cuando su salida de México en 1924. Distanciado de Vasconcelos, el intelectual dominicano, en apremios financieros, fue rescatado por Genaro Estrada. A fines de 1923, bajo el cargo de oficial primero en el Archivo General de Relaciones Exteriores, se le encomendaron tareas de «publicidad». ⁴⁰ Meses después, cuando

³⁷ *Patria*, Río de Janeiro, 30/8/1921.

³⁸ J. Ingenieros, «Por la Unión de América Latina», en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, Número VI, Año VIII, 1922, p. 441.

³⁹ P. H. Ureña, *La utopía de América*, Ed. Estudiantina, La Plata, 1925, pp. 2-3.

⁴⁰ *AHDM*, Expediente 3-17-42, Folio 3.

decide su viaje a Argentina, Estrada esconde la solidaria decisión de sufragar los gastos de la travesía, tras un nombramiento oficial que le confiere «la misión de hacer propaganda pro México en Buenos Aires».⁴¹ Henríquez Ureña no requería de designaciones diplomáticas, en la práctica, y en los años de su residencia argentina, se desempeñó como un eficaz embajador honorario de la cultura mexicana.⁴²

Lazos afectivos condujeron a Henríquez Ureña a jugar las veces de promotor y guía de sus amigos de México en el horizonte literario de América del Sur. Así, y sin proponérselo, esta labor redundó en directo beneficio del gobierno de un país, cuyo acontecer político parecía dirigirse en dirección contraria al de un nuevo paradigma civilizatorio, tan ampliamente propagandizado por sus intelectuales en el exterior.

Hacia 1924, en reemplazo de González Martínez, Alfonso Reyes debió haberse trasladado a Buenos Aires. Demoras de índole burócraticas a las que se sumó el apoyo de Genaro Estrada, terminaron por conducirlo a París.⁴³ En

⁴¹ *Ibidem*, Folio 35. Por esta comisión P. Henríquez Ureña recibe un pago de 500 dólares, además de la franquicia consular para el ingreso por la aduana de Buenos Aires de libros, cuadros y objetos mexicanos de su propiedad, pero que, como escribe al cónsul mexicano en Argentina, «están destinados a hacer propaganda de México». AHDM-AREMARG, Legajo 25. Expediente 6, folios 2-3.

⁴² Las mismas actividades académicas desarrolladas por Henríquez Ureña terminaron por convertirlo en un punto de referencia permanente respecto a México. Entre ellas, cabe destacar la publicación de «La Revolución y la cultura en México», en la *Revista de Filosofía* que dirigía José Ingenieros (Volumen XXI, Primer Semestre 1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, (Ed. Babel, Buenos Aires, 1928), de los cuales dedica tres a México en los estudios de Alfonso Reyes, Juan Ruiz de Alarcón y Enrique González Martínez. Igualmente, la investigación realizada bajo la influencia del filólogo Amado Alonso, *El español en México, Estados Unidos y la América Central*, (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Buenos Aires, 1937). Además de decenas de conferencias dedicadas a México, de su cátedra en la Universidad de La Plata donde sor Juana, Juan Ruiz de Alarcón y el barroco mexicano eran anualmente recreados en sus exposiciones magistrales. Henríquez Ureña, desde Buenos Aires, mantuvo una permanente correspondencia con su amigo Alfonso Reyes y con sus discípulos Antonio Castro Leal, Julio Jiménez Rueda, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y Genaro Estrada, entre otros. La presencia de México en las ediciones argentinas debe mucho al maestro dominicano. Fue él quien editó a autores mexicanos en la colección que dirigió en la editorial Losada, y su vinculación al medio mexicano toma nuevos rumbos cuando Daniel Cosío Villegas le encarga el diseño de la colección *Biblioteca Americana* que, hasta la fecha, publica el Fondo de Cultura Económica. Acerca de las actividades en Argentina de Henríquez Ureña puede consultarse: R. Gutiérrez Girardot, «Prólogo», en *Pedro Henríquez Ureña. La Utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978; J. L. Martínez. «Pedro Henríquez Ureña. Vida y obra: un resumen», en *Pedro Henríquez Ureña. Estudios Mexicanos*, SEP, Lecturas Mexicanas 65, México, 1984; D. Cosío Villegas, *Memorias*, SEP, Lecturas Mexicanas 55, México, 1986. Y el volumen homenaje a P. Henríquez Ureña de la *Revista Iberoamericana*, número 41-42, México, Enero-Diciembre de 1956.

⁴³ En julio de 1924, A. Reyes recibió el nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Argentina. (AHDM. AREMARG, Legajo 24, Expediente 5, Folio 34). El traslado no se efectuó por estar en trámite la elevación a rango de embajada de las legaciones de Argentina y de México. Ante el retraso del gobierno argentino, la SRE encomendó a Reyes en misión especial a Madrid, y una vez allí recibió la designación de Ministro en París.

abril de 1925, el flamante ministro mexicano recibió una carta de Henríquez Ureña, radicado ya en Argentina. En ella fueron enlistados los espacios literarios donde Reyes debía dirigir sus colaboraciones:

*A La Nación, artículos «serios», un poco divulgación, un poco actualidad [...]. A Nosotros, lo más tuyo, aquello en que digas lo que se té de la gana [...], a Proa, cosas breves, porque la revista es chica, es la mejor de las nuevas, y promete llegar a ser realmente buena, [...] habría que añadir Martín Fierro en igual consideración, [...] y Valoraciones, que sale tres o cuatro veces por año.*⁴⁴

Reyes fue el primer embajador mexicano en Argentina, y cuando desembarcó en Buenos Aires al promediar 1927, no resulta sorprendente la «cordialísima acogida del gobierno, la prensa, y los amigos»; en su *Diario* anotó: «imposible detenerse a describir todo esto...»,⁴⁵ palabras que recuerdan las de Nervo cuando su arribo a la capital argentina ocho años antes.

Los límites necesariamente estrechos de esta presentación impiden acercarse con detenimiento a la gestión de Reyes en Argentina. Por ello, y aunque sólo quede apuntado de manera imperfecta, preferimos sólo hacer mención a un desempeño que claramente trascendió el terreno literario y cultural, en el que Reyes sabía moverse con soltura.

Todavía en París, el ministro mexicano, por conducto de su amigo Genaro Estrada, recibió información confidencial que ponía en peligro su carrera diplomática. En círculos cercanos a Calles se rumoreaba los reparos del presidente mexicano al desempeño de Reyes y Gonzalez Martínez. En especial, era motivo de reproche conceder «mucha mayor importancia a sus trabajos meramente literarios, que a los relacionados con la gestión diplomática».⁴⁶

El incidente no tuvo mayores consecuencias; en defensa de los amigos, Estrada interpuso su influencia. Sin embargo, en Reyes, el episodio dejó algunas mellas. Más allá de la defensa de su gestión, patentizada en una serie de cartas que dirigió a Estrada,⁴⁷ resulta evidente que, a pesar del desagrado que le producía, se esforzó por realizar actividades de abierta propaganda política sin más objeto que satisfacer los deseos de la cancillería y, sobre todo, del presidente Calles.

⁴⁴ A. Reyes, *Diario*, Universidad de Guanajuato, México, 1965, p. 98.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 202.

⁴⁶ S. Zaitzef, (compilador), *op. cit.*, p. 359.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 364-375.

El conflicto religioso, la cuestión petrolera, la sucesión presidencial de 1928 y las asonadas militares fueron elementos que requerían de un diseño publicitario que no podía limitarse solamente al territorio de la cultura. Y en este último la actividad de Reyes fue incansable. A menos de un año en Buenos Aires confesaba haber perdido «la cuenta y la memoria» sobre la cantidad de conferencias ofrecidas.⁴⁸ Pero, además de éstas, de las recepciones, de las entrevistas, de los proyectos literarios, de sus colaboraciones en revistas, de la promoción de sus libros, de sus religiosas prácticas de golf en la azotea de Harold's y de sus amoríos clandestinos, Reyes atendió aspectos «directamente vinculados a su gestión diplomática».

Como testimonio de ello, dedicó largas horas a la redacción de informes sobre el tratamiento dado a México en la prensa periódica rioplatense, tarea ésta que, como lo confesó tiempo antes, le causaba verdadera «repugnancia».⁴⁹ A regañadientes desmentía noticias, rectificaba cables de prensa, bregaba por enderezar informaciones sobre la situación política mexicana mañosamente transmitidas desde Estados Unidos. Reyes estaba convencido de que su estatura como soldado cultural era suficiente para prestigiar a México, «el buen paño en el arca se vende» escribió a Estrada, pero, en la arena política internacional, Calles y sus sucesores no resultaban tan buenos paños como para venderse muy fácilmente.

El Departamento de Publicidad de la SRE enviaba con regularidad su boletín: *Notas Informativas*, con el objeto de conseguir inserciones en la prensa extranjera. Los diarios rioplatenses se mostraron renuentes de publicar estas gacetillas. Reyes, a fines de 1927, telegrafía a su cancillería:

*Convendrían exposiciones breves y claras, sobre asuntos petróleo, iglesia, agrario, escuelas, leyes de trabajo, reformas a la constitución, descubrimientos arqueológicos. Fotos abundantes, etc. Pueden ser artículos firmados con objeto de publicación no tan oficial.*⁵⁰

El embajador mexicano se las ingenió para penetrar las columnas de una prensa esquiva a noticias oficiales. Así, por ejemplo, aprovechó su amistad con el escritor nicaragüense Máximo Soto Hall, a la sazón redactor del prestigioso periódico *La Prensa*, enviándole noticias sobre México en el entendimiento «que como periodista seguramente encontrará Ud. ocasión

⁴⁸ A. Reyes, *op. cit.*, p. 223.

⁴⁹ A. Reyes, *op. cit.*, p. 132.

⁵⁰ AHDM-AREMRG 1927-1934, Legajo 32, Expediente 9, Folio 44.

de publicarlas».⁵¹ De igual forma, y en la misma dirección, consiguió que el periódico *Crítica* publicara por entregas *La Revolución Mexicana* del publicista español Luis Araquistáin.⁵² Al tiempo que propuso al escritor argentino Alberto Gerchunoff, director de *El Mundo*, la contratación de un corresponsal mexicano. Así, Juan José Tablada desde Nueva York envió regularmente sus notas a aquel periódico argentino.⁵³

Una enorme distancia medió entre los privados deseos de Reyes y sus obligaciones públicas. «¿De que puede servir vivir así dándose a todo lo accesorio? No escribo, no leo, no pienso», anotó en su *Diario*,⁵⁴ quizás mientras revisaba una agenda atiborrada de actividades. Por ello, no deja de sorprender una capacidad de trabajo que de igual forma lo lleva al puerto de Bahía Blanca para supervisar un embarque —ensayo de primer viaje experimental de comercio directo con Argentina—, que al lejano pueblo de San Antonio de Areco, a reunirse con Alfredo Colombo, el editor de Ricardo Güiraldes, para revisar la edición del proyecto literario más ambicioso que gestó en aquellos años de su residencia rioplatense: *Cuadernos del Plata*.

Por todo esto y muy a su pesar, aquella generación de activos diplomáticos debió ocuparse de algo más que de las letras. Aunque éstas, en aquella coyuntura de la historia mexicana, constituyeron una excelente plataforma para proyectar una imagen que en el extranjero tornó creíble la existencia en México de un verdadero diálogo entre príncipes e intelectuales. La realidad se obstinó en caminar en dirección opuesta, pero los literatos continuaron prestando buenos servicios, porque, como de manera pragmática señaló Genaro Estrada:

*La literatura [...] no solamente es un poderoso auxiliar para la labor oficial, sino uno de los mejores auxiliares, pues destacándose por medio de ella, se logra atraer la atención hacia México y se logran relaciones muy importantes, que como tales, son también benéficas para el país.*⁵⁵

⁵¹ *Ibidem*, Legajo 30, Expediente 1, folios 12-13. Véase, por ejemplo, las notas sobre el comercio argentino-mexicano publicadas por Soto Hall en *La Prensa*, Buenos Aires, 24/9/1928.

⁵² *Ibidem*, Folio 78.

⁵³ *Ibidem*, folios 28-29.

⁵⁴ A. Reyes, *op. cit.*, p. 205.

⁵⁵ S. Zaitzeff, *op. cit.*, p. 359.